



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	Provincias: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

ADVERTENCIA

Insistiendo en nuestro propósito de reproducir por medio del dibujo los últimos notables sucesos taurinos, daremos en el número próximo, el retrato del desdichado picador Manuel Calderón, y la terrible caída que le costó la existencia; y en breve, publicaremos también retrato y biografía del espada José Machío, fallecido asimismo en Mayo anterior.

VALENCIA

Mil torrentes, cascadas, frondas, vergeles; atmósfera radiante, luz, alegría; un suelo en que a millones brotan claveles, perfumando el ambiente con su ambrosia.

Alfarares moriscos, anchos balcones, adornados de rosas y de jazmines, en los que juguetean las ilusiones de mujeres hermosas cual serafines.

Notables panoramas de arquitectura, indicio de potente regionalismo y cuadros de costumbres donde la pura nota surge y resalta del patriotismo.

Todo ello saturado con los colores que a sus obras imprime la Providencia, y expuesto en un inmenso marco de flores al juicio de los siglos. . . . ¡Eso es Valencia!

Mariano del Tado y Herrero.

Julio, 1891.

La mano izquierda



Claro es que todos los que se dedican al difícil arte de lidiar toros, tienen, o deben tener en perfecto estado de salud sus piernas y brazos; pero no es tan claro que sepan servirse de ellos como el arte exige y su seguridad demanda. Hace tiempo que está llamatención de los más inteligentes al espectáculo nacional, el completo que tienen la mayor parte de los torales el buen uso del toreo de brazos,

y el gran abuso que hacen del excesivo movimiento de sus piernas, en términos de que urgentemente reclama cuidado el abandono que, tanto los toreros de a pie como de a caballo, vienen haciendo del uso de la mano izquierda, que no vale menos, y a veces sirve de más que la derecha.

Es una vergüenza ver que, por impericia de los mal llamados picadores de toros, sean sacrificados sin necesidad en el redondel tan gran número de caballos, cuando podría evitarse tal sacrificio con un poco de inteligencia y otro poco de voluntad, librandonos de las justas censuras que lanzan contra la fiesta los enemigos de ella. Es el punto vulnerable y en él hacen hincapié para clamar contra los bárbaros aficionados: si clamasen contra los bárbaros que no saben picar, razón habría y de sobra, que a ellos y sólo a ellos es imputable tan innecesaria carnicería, que no consiente el arte, y mucho menos la autoriza. Mil veces lo hemos dicho, y con nosotros cuantos comprenden bien lo que es la suerte de picar con garrocha ó vara de detener; bien practicada es lucidísima, tanto como la mejor de la tauromaquia; mal hecha es repugnante, y es, que apiadidos por el vulgo, esos malos piqueros a quienes cuesta un caballo cada vara que ponen, no se cuidan de conocer sus deberes, y creen que, sabiéndose tener a caballo, han aprendido lo bastante para desempeñar su cometido. Nunca, en el momento de la entrada, usan de la mano izquierda para levantar, retirar ó hacer girar el caballo a fin de librarse del hachazo; ¡y se llaman buenos jinetes, y tienen dormida la mano de las riendas en el momento más crítico! ¿Para cuándo la reservan? No comprenden que debe ser simultáneo el uso de las dos; la derecha para herir, y la izquierda para librar al jaco de cornada; y aguantan impávidos la acometida, como si fuera de bronce clavado en el suelo el sustentáculo en que se apoyan. Ni eso es arte, ni siquiera acto humano admisible en una Nación culta. Vale más librar al caballo de la muerte, aunque se pique con menos fuerza—y eso que todo puede hacerse á un tiempo—que martirizar á sabiendas al pobre animal, que forma un mismo cuerpo con el que lleva encima; y en esos casos de gran poder y codicia en el toro, debe saber el buen picador, que sólo de cinchas atrás puede salir herido su caballo, pues para eso tiene gran cui-

dado de usar á tiempo de la mano izquierda y ayudarse con las espuelas.

Si no de tanta trascendencia como en los picadores, en quienes consideramos absolutamente indispensable el buen uso de la mano izquierda, es también esta de mucha importancia para los buenos banderilleros. No es en éstos tan general ese abandono, pues casi todos los que hoy practican esa suerte, parecen por ambos lados; pero hay y ha habido algunos, que solo por la derecha entran al toro, sucediendo, como no puede menos, que en muchos casos se ven obligados á retrasar la entrada, aburriendo al público con salidas falsas, ó viéndose precisados á clavar un solo palo, ó malamente los dos. En un viaje largo, por ejemplo, si viene el toro cortando terreno por el lado favorito del diestro, no tiene objeto el que este se cambie en corto para mejorar el suyo y entrar en jurisdicción—lo cual es de gran mérito y seguro efecto—porque, siéndole difícil pinchar con la izquierda, no aventura el desaire ni quiere exponerse á una cogida. Vale, por lo tanto, ese peón, mucho menos que el que parece por ambos lados; y todo por no querer acostumbrarse desde un principio á ejercitar la mano izquierda lo mismo que la derecha, en una suerte para la cual tan indispensable es la una como la otra.

Pero donde más útil y conveniente se presenta el buen uso de la mano izquierda, es en la suerte de matar. Por no tener los espadas una completa seguridad en su exacto manejo, han abandonado la suprema hazaña de estoquear recibiendo (aparte de la mejor aptitud y mayor valor que para hacerla se requieren). Por igual razón son poquísimos los paseos de pecho que, á pie quieto, vemos dar hoy en defensa del lidiador, y por eso todos apelan á los paseos cambiados y fuera de cacho, que, preparados de antemano, tienen igual ó menor valor que un pase alto regular. El origen de las coladas que hacen las reses á los matadores, no es otro que el de no saberlas despegar y darlas natural salida, jugando bien la mano izquierda, empapando en corto el testuz del toro, y guiando á éste convenientemente al terreno de fuera, para impedir que si extiende poco el brazo y no da vuelo suficiente al trapo, se le eche encima la res.

Hemos dicho antes que la suerte de recibir no se practica, porque los espadas no tienen completa seguridad en el exacto manejo de la

muleta. Verdad es esta que si alguien pone en duda, nos hará preguntarle si conoce hoy algún matador de toros que, firme en su terreno y sin perderle, lleve a las reses donde quiera, guiadas por su mano izquierda. Hay alguno que *se defiende* bien de ellas, aceptando el juego que dan, no el que él quiere; hay otros que llevan a los toros persiguiendo el trapo, pero perdiendo ellos el terreno que los bichos ganan; y hay otros que no hacen lo uno ni lo otro, salvando con los pies la deficiencia de la siniestra mano. Eso sí, dificultades podrán tener para manejar los brazos, pero las piernas, cada vez las tienen más ligeras.

Como tampoco en el último momento *lian* la muleta, sino que extendida la ponen delante del cuerpo, succédeles que por fuerza han de dar las estocadas por el sistema rápido y á golpe de trueno seco; pues de otro modo sería fácil la cogida, toda vez que no hay con uno y otro brazo la formación de la cruz que ambos hacen en aquel momento. ¡Oh! y todavía hay algunos que califican de grandes toreros, de herederos de Montes y de no sabemos quiénes más, á lidiadores que, sin preparación de la muleta, para que guiada con la mano izquierda incline al toro al terreno de fuera, se lanzan valientemente (otro calificativo merecen) á clavar el estoque y á recibir un revolcón, en la seguridad de obtenerle, porque no se acuerdan de que llevan un trapo que ha de ser su salvación si le manejan bien. Podrá el público aplaudir al que tal muestra de ánimo temerario ponga de manifiesto, puesto que ya es costumbre otorgar palmas á cualquier cosa, pero lo cierto es, que á la Plaza no vamos á ver garrochazo por cornada, ni estocada por cogida.

Otra cosa muy distinta es el arte de torear.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

TOROS EN MADRID

13.^a CORRIDA DE ABONO.—21 JULIO 1891.

¿Martes y corrida trece para final de contrata?
Debe tener mala pata
¡me parece!

Esto venía pensando desde que lo supe, y en efecto; empezó por no realizarse como anunciaron algunos periódicos, y nosotros con ellos, ó sea con los seis toros de Trespalcacios, para Mazzantini, Espartaco y Guerrita. Se prescindio del segundo de esos matadores, y en su lugar se presentaron dos toros de la ganadería de D. Juan Vázquez á la media docena antedicha, y se presentaron otros dos sobresalientes para estoquear, los señores Antonio Bonarillo y el nuevo novillero Antonio Reverte Jiménez.

Y antes de pasar adelante, me permito unas palabras acerca de esta criatura (porque es un muchacho), para llegar á las conclusiones que me interesamos.

Reverte toreó por primera vez en esta plaza el domingo anterior. Se presentó modestamente, y sin más aparato que las referencias que de él se tenían en Sevilla, y apenas empezada la brega, mostró buena cara para recortar con capote al brazo y estar al quite en el parte de varas. Llegada la hora de matar el primer toro que le correspondía, se presentó sereno, con una muleta de buenas dimensiones, y se estrenó con un cambio de pregunta, al que siguieron otros cuantos pases, todos buenos, demostrando que más que lo que vulgarmente se ve; se arrojó de frente á dos pasos; dejó una estocada hasta el puño, buena, y salió por los aires, revolviéndose el cornúpelo sobre él, y evitando los derrotes afianzándose á las patas del animal. La misma faena de muleta, la misma distancia al herir, la misma calidad en la estocada á su segundo, que tenía unas astas interminables... y la misma manera de salir, engançado en un cuerno que le rasgó el calzón, y tal vez algo de la piel por la parte de la ingle. Juicio del público: un muchacho que maneja el trapo con arte y soltura; sereno, quizás temerario; que sabe entrar con arrojo y que no sabe salir ó vaciar... y dos ovaciones.

Todo esto debió pesar en el ánimo de alguien, y que tal impresión dejaría el nuevo diestro, que se le anunció para medio espada como dejamos indicado, mas

... quien dijo mujer, dijo mudanza,

y la Empresa mudó á última hora de parecer, quedando los postreros cornudos de la primera temporada para Bonarillo, alegando que su compañero estaba enfermo. Pudo ser, que un puntazo traía Reverte reciente de Sevilla, y no sabemos si algo le interesaría la cogida arriba consignada; pero la gente, aficionada á mirar al trasluz, creyó vislumbrar en el asunto, por una parte, cuestión de intereses, y por otra, imposiciones de algún matador de cartel. No lo sabemos; si es así, peor para los que tan pronto se sienten molestados por

una naciente esperanza, y entregan la carta de tan inocente modo.

Y así resuelto el problema, aguantando los ardores de ese sol, que pule y que mata al romero y á las flores.

nos zambullamos en el inmenso baño ruso-arabe de la Plaza, dispuestos á liquidarnos á cambio de presenciar el desfile de diez y seis cuernos de diversas conformaciones, que por orden cronológico fueron los siguientes:

1.^o *Sonajero*, de Vázquez, colorao, ojo de perdiz, de muchas arrobas y cornúpelo. De mucho poder, aunque un poco tarde. Aguante seis puyazos por cuatro caídas.

Tomás Mazzantini, saliendo en falso una vez, deja medio par malo, y repite con otro entero, malo también y á la media vuelta, y con tres salidas falsas nada más. Hierro sobaquillea otro, y... ¡vayan ustedes haciendo cargo de este tercio!

Mazzantini, de guano y oro, toro con la derecha; señaló un pinchazo sin soltar, y remató con una estocada á volapie, algo alta.

2.^o *Rancho*, de Trespalcacios; castaño obscuro, albardao, pequeño y adelantado de astas. Sin poder, pero voluntario, á pesar de rajada, tomó siete lanzadas, tumbó dos veces á los jinetes y mató un caballo.

Almáñdro cobró dos pases al cuarteo y de sobaquillo, muy medianos, y primito uno desigual.

Guerrita de morado y oro, á cuatro pases y señala bien un pinchazo en las tablas, tres pases más y otro pinchazo en ídem, con desarme, y termina con una estocada baja, cambiándole los terrenos.

3.^o *Caminito*, también de Trespalcacios; retinto listón, igualmente pequeño y apretado de cuernos. Con las mismas condiciones que el anterior, entró ocho veces á los piqueiros, los acostó una y mató tres caballos.

Regaterillo sale del paso con una pasada sin clavar, medio par tirado y uno á la media vuelta, y Tomás, con otro desigual. ¿Qué tal?

Faena de Mazzantini: cuatro pases y un pinchazo sin soltar; tres pases y media estocada en las tablas, bien puesta, y un descabello á pulso.

4.^o *Perdigón*, de Vázquez; negro listón, buen mozo y bien colocado. Con bravura y poder se arrojó ocho veces á los caballeros, les hizo medir el suelo en seis ocasiones, y mató dos caballos.

Guerra menor cuarteo un par regular, y repite con otro á la media vuelta, previas dos salidas en falso, y Almáñdro cumple con otro al cuarteo, de los de mogollón. ¡Bien va!

El cometido de Guerra fué breve: cinco telonazos, una estocada hasta el puño, en dirección atravesada, y dos intentos de descabello.

5.^o *Trinitario*, de Trespalcacios, como los restantes; berrendo en negro, aparejado y abierto de defensas. Tres varas solamente (¿por qué? porque era tarde, aunque bravo?): dos caídas y tres jacos para el arrastre.

Atención! Hierro y Regaterillo demuestran su maestría con un par al cuarteo y otro á la media vuelta (suerte de inada en este día), ambos malos, el primero y medio, con tres salidas falsas, á la media vuelta, eh? el segundo.

Mazzantini sale del compromiso sin inada de particular, con un pinchazo sin soltar y media estocada cuarteando, en buen sitio.

6.^o *Primoroso*, berrendo en negro, capirote, botinero, de bonita lámina y bien puesto. Guerrita le para los pies con tres verónicas, una de farol y una de frente por detrás, bastante resistentes, después de lo que, doliéndose al hierro, se le caen los cinco puyazos y derriba una vez por casualidad uno de los de tanda.

Guerrita sigue. Primito tira medio par; se contagia y sale con dos veces para otro desigual, y Antonio Guerra le para el que le corresponde en las mismísimas costillas. Buena tarde!

Guerrita pasa al enemigo en todas formas, y esgrimiendo el capote, pincha una vez en hueso, deja luego una estocada á volapie, en las tablas, algo caída, y termina su misión con un descabello, dejando clavado el estoque.

7.^o *Calceto*; berrendo en colorao, como su nombre, caprote, pequeño y corto y abierto de pitones. Blando y tondo. Cinco varas y gracias.

No hay que apurarse, que en el segundo tercio se enmienda ahora. Tomás, por variar, sale en falso para un par al cuarteo, y para que no se olvide, vuelve á salir en falso para un par... pescuecero; y Hierro no sale en falso, pero para un par... ¿pasado, como compensación?... no, señor, pescuecero. Y pueden ustedes respirar, porque esta gente se termina por ahora sus hazañas.

Bonarillo, de verde y oro, pretende marcar el cite dos veces, y el toro no acude. Después, entre metiscas y pinchazos, cantamos diez; y por fortuna hace el número once una buena estocada, de la que el agujereado animal se acuesta.

8.^o *Ranchero*; colorao, ojinegro, pequeño y abierto. Bravito en varas, toma cinco, origina dos caídas y mata igual número de caballos.

Parcan los matadores, y Guerrita abre el tercio con un buen par de frente, sigue Mazzantini con otro en igual forma, superior; vuelve Guerra con otro después de pasarse, enmendarse y cambiarse; repite Luis con otro de frente, también bueno, y aprovecha Rafael II en el último. ¡Eche usted madera! Esto animó un tanto la fiesta, y valió aplausos á los espadas.

Bonarillo prodiga los pases por docenas, y agarra al cabo una media estocada á volapie, buena, terminando aquí el saínete, etc.

De la corrida el final vive Dios, que pudo ser con luz eléctrica... y tal, lo mismo que en Montpellier.

EL GANADO

Por edad, por lámina, por empuje y por bravura, los dos toros de la ganadería de D. Juan Vázquez equivalieron á los seis de Trespalcacios, y sin que puedan calificarse de superiores, el cuarto hizo toda una buena pelea, sin reservas en el primer tercio, siquiera cortase luego en banderillas y se revolviere en la muerte; y el primero suplió con su mucha cabeza la menor cantidad de sangre que su hermano, llegando noble á la suerte suprema, y estando ambos bien presentados.

Cuanto á los de Estremadura, si en efecto alguno como el sexto, acusaba caracteres de toro granado, aunque de poco cuerpo, los cinco restantes más bien parecían novillos adelantados que toros formales, siendo en general pequeños, pero también limpios y metidos en carnes. Cuatro de ellos acusaron buena sangre, entrando decididos á la primera suerte, careciendo de poder y dejándose manejar con el trapo, y los dos restantes, si blandos y tontos en la primera parte, solo uno presentó dificultades para la hora de matar, y eso por estar reparado de la vista.

En suma; quedaron en un límite discrecional.

LOS MATADORES

Mazzantini.—Si el diestro tomó á empeño el trabajar al primero con la derecha, por lo mismo que se coló en los primeros pases, nada hay que decir; pero bien claramente mostró el mismo animal el peligro que para otro que no posea las facultades y se cina más que Mazzantini, habria en una lidia contraría. Hirió de lejos en este toro, y se echó fuera al hacerlo en el tercero, donde no hay disculpa para tan deslucida faena, puesto que en proporción el torero y el toro, sobra mucho del primero para la menguada representación del segundo.

Y tocante al quinto, la brega puede calificarse de *retroceso*, pues no encontramos otra nomenclatura más apropiada para ese sistema de engendrar un pase, dar cuatro ó cinco pasos atrás, presentar otra vez la muleta, repetir la operación, y así sucesivamente. Unase á esto que pinchó sin calor, aunque con fortuna, y se comprenderá que como matador, Mazzantini no quedó en esta corrida á mucha altura, así como cumplió perfectamente en banderillas, y estuvo muy oportuno más de una vez en quites y brega.

Guerrita.—El principio de la faena de muleta con el segundo fué bastante bueno; pero contrariado por no haber conseguido más que un pinchazo en hueso, se precipitó luego, y de aquí el pasar rápido y pinchar bajo. La calma debe acompañar siempre al diestro porque le favorece, aun en el caso de no ayudarle la fortuna, más que esos arrebatos ostensibles, que podrán convencer á uno, pero no á la generalidad. Ocasiones hay de patentizar la voluntad y el mérito sin acudir á esos recursos, que con gusto habíamos visto desechados por algún tiempo.

La brega en el cuarto, fué breve y bonita con el trapo; la entrada en corto, y la estocada mala. ¿Por qué? Por esas mismas precipitaciones que inducen á un espada, á quien no se le puede ocultar lo que ve el espectador, á meterse, teniendo al toro desigualado.

Y en el sexto, á vueltas de algún pase de gusto churrigueresco, aplicado á la tauromaquia, hubo varios en redondo y preparados, tan bien ofrecidos, como conciencia en entrar á matar á volapie en las tablas.

Extendieronse también las prisas á la suerte de banderillas después del primer par, y aunque todos fueron buenos, en la preparación para el segundo, ni pudo cambiarse, ni enmendarse, ni rehacerse, por más que todo se pretendió; y trabajo Guerrita con alegría y solicitud en quites y demás.

Bonarillo.—Su faena con el séptimo fué desastrosa. En primer lugar, á un toro que toma la muleta cabeceando, jamás se debe intentar recibirlo; y en segundo, dificultando la condición de burriciego, la lidia regular, conviene no aburrir ni aburrirse eternizándose con el estoque. Ya que haya un poco de serenidad, que no la oscurezca la ignorancia. En el octavo, pesado con el trapo y afortunado con el estoque; y en el resto de la lidia poca soltura con el capote.

PICADORES Y BANDERILLEROS

El juego de estira y ajoja; cuanto unos están bien, otros mal y viceversa; y los primeros cumplieron quizá con exceso, saliendo á los medios y acosando más de una vez, y en cambio los segundos nos avegonzaron, ya que á ellos no les sucedería lo mismo con su inconcebible ineptitud. Si los matadores no acuden á última hora, no se borra la mancha tan fácilmente.

¡Nada! Para que se mueva cualquier peón con decoro, le tendrán que atar el toro... y aun puede que no se atreva.

EL PRESIDENTE

Lo era D. Simón Sánchez, y demostró estar bastante atrasado, en la materia, á pesar de ciertos pujos de inteligencia, indicados al principio de la lidia. Al quinto toro le cambió la suerte con tres varas, y una de dos, ó el bicho acudía á la pelea y debía llevar más castigo, ó no acudía, en cuyo caso, al tocar á banderillas, debían ser éstas calientes ó de fuego.

Los descendientes (algo degenerados) de aquellos galantes moros tan aficionados á lancear reses, pudieran recordar las glorias de sus antepasados, desde el palco núm. 8, y los que ocupábamos la Plaza, en una tercera parte de su cabida, morirnos de calor y de tedio.

Y en vista de una jornada tan aburrida y pesada, conviene al aficionado que le coja confesado la segunda temporada.

D. CÁNDIDO.

LOS CIGARROS DEL REY NETO

(ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE ROQUE MIRANDA)

I



Aquella tarde había en la Plaza mucha más concurrencia que de costumbre. Verdad es que se trataba de un verdadero acontecimiento. Después de algunos años de haber estado retirado del toreo, volvía a pisar la arena Roque Miranda.

Rigores, que tal era el apodo porque se conocía al simpático matador, no era uno de los astros de primera magnitud en el sistema planetario en que habrían brillado Romeros y Costillares, y en que no tardarían en aparecer, á la vista de los astrónomos, primero Montes y más tarde Redondo; pero bastaban, para hacerle muy querido en nuestra Plaza, además de su no escaso mérito, su gallarda apostura y su muchísimo deseo de agradar al público, la circunstancia no frecuente en los buenos espadas, de ser hijo de Madrid.

Adicto con patriótico entusiasmo al sistema constitucional, habíase visto honrado, en el período del 20 al 23, con los galones de sargento en uno de los escuadrones de la Milicia Nacional, y por un escrúpulo de dignidad, renunció, en aquella época, á su profesión, creyendo que no se aventaría bien el respeto que debía inspirar á sus subordinados, con las no siempre cultas manifestaciones de que pudiera ser objeto si se deslucía en su trabajo ante el público.

Con el auxilio de los cien mil hijos de San Luis, logró Fernando VII deshacer la obra de restauración de nuestras libertades, iniciada en las Cabezas de San Juan; y á pesar de los estériles esfuerzos de los liberales, volvió á ser tan *absolutamente absoluto*, como con ingratitud notoria se declarara á su vuelta de Valencey.

Dicho se está que por el pronto Roque Miranda, que había seguido hasta Cádiz á su escuadrón para defender la poco después escarnecida Constitución, no pensó en volver á aparecer en los carteles como matador de toros. En los calamitosos tiempos que corrían, harto hacer era escapar á la encarnizada persecución emprendida contra todo el que, directa ó indirectamente, hubiera servido al *sistema*, como entonces se decía.

Roque Miranda fué de los que tuvieron la suerte de librar el cuerpo, fortuna que debieron envidiarle no poco los que, si no sufrieron un cariñoso abrazo del verdugo en la Plaza de la Cebada, fueron á dar con sus huesos en los presidios de Ceuta ó de Melilla.

II

Sin embargo, como todo tiene término en el mundo, el *paternal* Gobierno del Deseado Fernando, puesto en las no menos *paternales* manos de D. Francisco Tadeo Calomarde, fuése cansando un poco de ahorcar, deportar y encarcelar fracmasones y negros, y con no disimulado disgusto de voluntarios realistas y de los más netos partidarios del absolutismo, se inició un período de relativa, por supuesto, muy relativa blandura.

Entonces fué cuando el buen pueblo de Madrid comenzó á echar de menos, en la Plaza de Toros, al matador que tanto había querido; y como á los oídos de Fernando llegaron los ecos de tales deseos, y el Monarca era todo *bondades* para sus súbditos, no sólo se dignó hacer saber á Roque Miranda que nadie le inquietaría si volvía á presentarse en la corte, si no que, casi oficialmente, le manifestó que él sería el primero en verle con gusto figurando en los carteles de la primera Plaza del reino.

Dicen que Rigores trató de resistir, pero el hecho es que un lunes, 13 de Octubre, si mal no recordamos, se presentó á matar, como al principio dejamos apuntado, en unión de Antonio Ruiz (el *Sombrero*) y de Manuel Parra, la media corrida que se jugaba aquella tarde.

III

También se añade que el *Sombrero*, que en punto á ideas políticas, era tan completa antítesis de Miranda, que había pertenecido, y no recordamos si seguía perteneciendo, á el entonces poderoso Cuerpo de Voluntarios realistas, vió con disgusto que le hicieran torear con Rigores; y tanto para darle en ojos como para mostrarse exteriormente tan *blanco* (léase absolutista) como lo era por dentro, se mandó hacer un traje todo de aquel color.

Pero como no hay secreto que pueda estar por completo callado, si el diablo se empeña en descu-

brirlo, con la anticipación debida llegó la noticia á oídos de su competidor, y siendo éste como era testarudo de suyo, no quiso dejarse pisar y tuvo la entonces casi incomprensible audacia de presentarse vestido, de pies á cabeza, de *negro*, para recordar, sin duda, su incorregible liberalismo.

Fernando VII, que así como en el período Constitucional llegaba siempre tarde á la apertura de las Cortes, en todos los períodos era puntualísimo para honrar, con su presencia, una función de toros; estaba ya en su palco cuando salieron las cuadrillas, y hay quien dice que al ver á los dos matadores, fijándose más en Miranda, dijo con socarrona sonrisa, volviéndose al Duque de Alagón:

—Valiente parece el mozo; pero ya sabes que dicen que los valientes y el buen vino duran poco.

IV

En la primera parte de la corrida, la suerte favoreció más á Antonio Ruiz que á su contricante. Aquél mató el toro que le correspondía de una estocada que enloqueció á la concurrencia. Este hizo su faena un tanto pesada y acabó con el suyo de un volapie no más que mediano, precedido de tres ó cuatro pinchazos.

Sin embargo, S. M., que observó una prudente reserva ante el trabajo del *Sombrero*, no sólo se dignó aplaudir con entusiasmo á Rigores, sino que sacando del bolsillo la siempre bien provista petaca, premió *los buenos deseos* del diestro arrojándole un excelente cigarro habano.

Es más, á poco de haber salido del chiquero el toro que debía matar Parra, uno de los alguaciles de plaza participó á Roque Miranda que «S. M. el Rey N. S. le dispensaba la señalada honra de permitirle besar su real mano.»

Rigores, obedeciendo aquella permisón que más era mandato, se presentó, á los pocos momentos, en el Palco Regio.

Fernando hizo, como nunca, derroche de aquella llaneza, que tantas simpatías le captaba... por el pronto, y á fuer de buen aficionado, sostuvo animado diálogo con Roque Miranda.

Al despedirle, volvió á sacar la petaca, y ofreciéndole otro cigarro, le dijo casi al oído:

—Vienes de casta de valientes. Sé que tu hermano Fernán murió como un héroe peleando en la calle Mayor contra mis guardias el 7 de Julio del 22. Yo soy partidario tuyo, y es preciso que esta tarde, desechando un poco el miedo, superes al *Sombrero* para dejarme bien. En el toro que te falta matar te espero.

Roque, que era un tanto orgulloso, palideció ligeramente, y, mordéndose los labios, se limitó á contestar:

Haré cuanto pueda por dejar complacido á Vuestra Majestad.

V

En los dos primeros tercios de la lidia del quinto toro, estuvo Roque Miranda dando muestras de un arrojo rayano en la temeridad. No sólo en los quites á los picadores, sino hasta igualando la res á los banderilleros, su capote no descansó un momento.

Y con la muleta no estuvo inferior ni mucho menos. Casi pegado á los pitones, pareciendo que sus pies eran de plomo y rematando los pases a toda ley, dió seis naturales, uno cambiado y dos de pecho, con un arte, una conciencia y una elegancia inimitables.

Pero al herir Roque cometió una imprudencia, y las imprudencias en la plaza se pagan caras. El toro, á pesar de estar muy sobrado de facultades, se quedaba y derrotaba muy alto, y el diestro se empeñó en recibirle, por más que no fuera ésta su suerte favorita.

Citó un poco menos sobre corto de lo debido, pero no se movió ni una línea, y la estocada que iba perfectamente dirigida, hubiera entrado hasta la mano, si el toro, en la mitad de su viaje, no hubiera abandonado el engaño revolviéndose rápidamente sobre el diestro.

Este, ya sin tiempo para echarse fuera, recibió el derrote en la parte superior de la faja, y lanzado á una gran elevación, cayó al suelo privado de sentido y manchado de sangre, al mismo tiempo que los capotes acudían en su auxilio.

La primer persona que entró en la enfermería á informarse del estado del herido, fué un caballero de campo de S. M., enviado por el Monarca mismo.

Fernando, que esperaba con impaciencia la vuelta del emisario, cuanto le vió regresar á su palco, le preguntó con viveza:

—¿Es grave la cornada?

—Por fortuna no—contestó el caballero;—Vuestra Majestad le ha salvado la vida.

—¿Cómo? preguntó Fernando con extrañeza.

—Los dos cigarros con que S. M. le había honrado, y que él había guardado entre la faja y el chupetín, han bastado para hacer resbalar el cuerno, trocando, la que debió ser herida mortal de necesidad, en leve rasguño que será curado en muy pocos días.

El Rey no preguntó más y volvió á su asiento, murmurando al oído del Duque de Alagón:

—Debt hacé: selos fumar delante de mí.

ANGEL R. CHAVES.

¡A TABLADA!!!

El ganado estará de manifiesto la víspera de la corrida en los corrales de la dehesa de Tablada, para que los aficionados puedan ver su inmejorable estado.

(Nota del cartel de toros, en Sevilla).

El sol camina perezoso al ocaso, y la leve brisa con que Guadalquivir besa á la ribera, comienza ya á refrescar el campo y la ciudad de los ardores del estío; los jardines de las Delicias se ven envueltos en ese sol-sombra de la caída de la tarde, en el que notas de luz y notas de obscuridad se mezclan y confunden.

Es la época de las novilladas, y en la tarde del sábado salen de la plaza de San Francisco los coches que llevan á los aficionados á los llanos de Tablada, atraídos por la consabida nota en el cartel del día siguiente.

El desfile se va haciendo poco á poco, y desde las seis en adelante, todos los carruajes van en dirección de la dehesa: sitúase ésta en la margen izquierda del Guadalquivir, sobre la que tiene una *playa* para abrevadero de las reses; pertenece al Ayuntamiento, y ocupa una extensión considerable: para llegar á ella, se pasan las frondosas alamedas de las Delicias, la prolongación del paseo con las ventas de *Eritaña* y de la Victoria; se cruza la línea férrea del Muelle á la estación de Cadiz, y doblando á la derecha, se costea de nuevo el río, que parece un pedazo de espejo roto, en el que se ven: la ciudad con las torres del Oro, la Giralda y Santa Ana; el paseo, y allá, á lo lejos, los puentes de Triana y del ferrocarril de Huelva, que limitan el horizonte cortándolo; enfrente, los pueblos de San Juan de Aznalfarache, Gelves y la Puebla de Coria; á la derecha, entre el camino y la ribera, la huerta del Carmen, donde irán en parrandas á coger brevas en las tardes de la canícula, y á la izquierda, el cortijo de los Caminos, ambos fertilizados por el río. La carretera que va á Tablada, es, pues, de lo más pintoresco. En una victoria, enjaezados los caballos, sonando sus colleras de cascabeles, con cocheros vestidos á la jerezana, va uno de los espadas que ha de matar en la tarde siguiente; es un novillero joven que goza de reputación y simpatías; alto, delgado, fino de *hechuras*; lleva una madrileña á grandes cuadros de color claro, pantalón liso, sombrero cordobés color ceniza; sujeta la tirilla de la camisa con pasador doble de cuatro botones de oro con puntas de brillantes, lleva otros dos en la bordada pechera, y cuelgan de la cadena dos sellos y una llave con rubies y záfros; con él van en el coche los de su cuadrilla, todos jóvenes y apuestos; picadores y aficionados marchan a caballo, no siendo extraño ver algunos montados á la grupa; en un faetón va el ganadero con su familia, y en una victoria de alquiler, una mujer con mantilla; y cuya presencia en aquel sitio es observada con curiosidad; los que no tienen coche ó caballo, van en burro, en carros, y hay *coleta* incipiente, que hace la excursión á pie, costeano el río para llegar más pronto.

Ya allí, los que bajan de los vehículos, se acercan al vallado, que queda á la derecha del camino, donde descansan los toros, cual pacífico rebaño, con los mansos que los guían y los vaqueros que los guardan, distinguiéndose las reses bravas, para conocimiento de los indoctos, en que no llevan collar ni cencerro.

Los siete toros son negros, finos, de pelo brillante como el azabache; con las cabezas altas y los cuernos enhiestos; entre los mansos, los hay cárdenos ensabanados, colorados, castaños y de otra variedad de pelos.

Allí, cada matador de los que alternarán al día siguiente, formando grupo con los de su cuadrilla y sus amigos, observa el ganado, lo estudia y lo califica. Si es grande (que suele serlo) los de la afición tornarán a Sevilla llenos de esperanzas para la lidia.

La empalizada se ve cubierta de gente, ya de bruces sobre ella, mirando a los toros, ya sentados de espaldas, observando al público que llega; allí arriman los coches, desde los que se domina el ganado, y acercan los jinetes sus caballos; pero la nota típica, clásica, brillante, colorista, la dan los toreros, vestidos con el mismo lujo que si fueran a una feria; entre el físico de los diestros y su trabajo artístico, suele haber relación muy directa; así, el matador que dejo descrito, se distingue por su elegancia y finura con el capote; otro que hay más allá, rodeado de un corro de gente que le escucha con atención y le observa con interés, también joven y garboso, de color atezado, de hechuras más anchas, de mirada expresiva, es el novillero en boga; él se ceñirá más con el trapo; se tirará de más cerca, y hundirá el estoque en los rubios con mayor fuerza; aquel joven que apenas tiene bozo, delgado, esbelto—cuyo cuerpo parece un junco de los que crecen al borde del río—el que lleva pantalón de cuadros, madrileña gris perla y sombrero negro—única sombra de su figura—será un banderillero de punta, ligero como una pluma, flexible, airoso, recordará, ante el toro, elegancias del Guerrita; y aquel otro, rehecho, alto, fornido, que monta una jaca torda, será de los mejores picadores en tanda, y puestos enfrente el toro y él, antes cederá el bruto que se doble su brazo fuerte.

Pues bien, sobre estos grupos pintorescos lanzad dorados reflejos del sol poniente; tended por cima gasas azules del cielo andaluz; desdoblado en el suelo verdes alfombras de follaje; al paso de coches y caballos, dejad que se levanten leves nubes de polvo, que esfumen las figuras; escuchad el toque de los cencerros al pausado movimiento de los mansos; el crujir de las fustas; el sonar de los cascabeles, y haciendo breve parada en la venta, para remojar las gargantas, ved cómo se irán diseminando las figuras de este cuadro de luz, color y alegría que se condensa en la frase, con que los cocheros de la plaza de San Francisco invitan al transeunte, en las visperas de corridas:

¡A Tablada!!!

Sevilla, 7 del 01.

EL MARQUÉS DEL PREMIO REAL.

UNA COGIDA

—¡Adiós, Miguel!

—¡Adiós, Chato!

—¡Tanto tiempo!

—¿Cómo va?

—Choca, chico.

—Chico, choca.

—¿Qué es de tí?

—Pus, Chato, ná.

—No te se ve en la Carrera, tampoco en el Imperial, ni nadie te ha vuelto a ver, ni se sabe dónde vas, ni donde vives siquiera.

—¿Qué te ha pasado? la verdad, sabes que fuimos amigos y lo somos...

—Claro está.

—Pus entonces desembucha.

—¿Qué voy a desembuchar?

—¿Por qué no gastas coleta, como en los tiempos de atrás, cuando venías conmigo a Fuenlabrada a matar, á correr toros en Pinto, y en Puzuelo á parear?

—Pues mira, Chato, es sencilla la cosa de relatar.

—¿Te cogieron?

—Me cogieron, y ya no he querido más.

—¿Era bravo el toro?

—No era toro, era vaca.

—¡Chavall!

—¿Y de una vaca has huido?

—Al revés, me metí más.

—No te entiendo.

—Pus escucha, que te lo voy á contar. Era una tarde en Diciembre, estaba en el Imperial, cuando pasó una mujer... buena... pero de verdad. Yo me dije, Miguelillo, aquí de tu autoridad en materia de capotes, y claro es, tiré el percal. Ella se me huyó al principio, aluego volvió pa atrás é hizo por el engaño; yo entonces, me acerqué más, mas no quiso tomar varas, y á fuego fué condená. La miré con tal ardencia que ella se puso quemá; cuatro miradas la eché de esas que en el alma dan, y preparé la muleta y el estoque, y al brindar dije: Vaya, Miguelito, por la salud del Sultán, una más en tu almena que de la corte celestial. La di tres pases de pecho, que eva tomó sin chiistar, dos cambios, ó dos cambiazos, que para el caso es igual; tres con la derecha y dos de telón, dije: allá va, creyendo estaba cuadrada, pero la muy arrastrá, como desarmaba mucho me soltó la gran corná.

—¿Y cuál fué tu resultado?

—Que me tuvo que curar el cura.

—¿Cómo que el cura?

—El cura de San Millán. Chato, que me he casao, y no vuelvo á torear, ni á ver cuernos, ni á ver toros, sino á mi vaquiya.

—Ya...

—¿Y es berrenda?

—Berrendita.

—Buen trapío, bien armá.

—Pero ella, ¿es berrenda en negro?

—No; berrenda en colorá, con un pelo más que rubio, y una cara satiná; una pezuña tan corta, y una manera de andar, y unos ojos...

—¿Y es de libras?

—Hombre, de libras, tal cual.

—Siento, Miguel, la cogida.

—Chato, ya déjalo estar; había de ser cogido, pus del mal, el menos mal.

—Adiós, Chato.

—Adiós, Miguel; no vuelvas á torear, ni á ver cuernos, por si acaso.

—Estimando; así se hará.

GONZALO SÁNCHEZ DE NEIRA.

LAS CORRIDAS DE VALENCIA

ALCANCE

Sin perjuicio de ampliar y detallar la reseña de las dos corridas que van celebradas en la ciudad del Cid, cuando publicáremos la apreciación general de todas ellas, adelantaremos un ligero alcance, ya que el resultado, principalmente de la segunda, les comunica una importancia excepcional.

El día 24 tuvo efecto la primera con ganado de Saltillo y las cuadrillas del Espartero y Guerrita; y mucha animación entre los aficionados valencianos y madrileños, á pesar de amenazar lluvia. Los preliminares de la corrida fueron espléndidos, trasladándose los matadores en lujosos trenes á la bella y anchurosa plaza, y presentando ésta un golpe de vista sorprendente.

Los toros de Saltillo, fueron en general bien presentados, desgraciándose el de mejor lámina, á consecuencia de haberse roto la pata izquierda. En las condiciones de lidia, fueron desiguales, mostrándose dos bravos y duros, y tres tardos ó blandos. El de D. Esteban Hernández, corrido en sustitución del inutilizado, mereció ser condenado á fuego.

El trabajo de los matadores no podemos precisararlo con entera exactitud, fiados en los incompletos datos con que hasta ahora contamos; pero parece que el Espartero quedó

en la muerte de sus toros, mejor que su compañero, al que perjudicó la circunstancia de no estoquear más que dos, por el accidente ocurrido al segundo.

Ambos espadas parearon al quinto, habiéndose decidido por fin el Espartero á realizarlo en Valencia, con bastante acierto, dada la falta de costumbre con que tropezaba en este tercio. También se adornaron en quites y brega; y fuera de un pequeño alboroto motivado por la exigencia de que corriera el turno en los espadas, no hubo sucesos desagradables que registrar.

Para la segunda corrida, ó sea la del 25, la animación era aún más extraordinaria, contribuyendo á ello sin duda el tomar parte en la misma el veterano espada cordobés, Rafael Molina (Lagartijo), que fué conducido al Circo en un magnífico carruaje tirado por seis caballos. Guerrita con su cuadrilla, y la de Rafael, llegaron también en coches de gala.

El ganado del Duque de Veragua, diferenciándose del último corrido en Madrid, resultó bravo y voluntario; haciendo todos una gran pelea en el último tercio, y propinando sendos porrazos á los picadores. La lidia excelente, recordando algunos aquellos tan frecuentes antes, y escaso ahora.

La gente de á pie cumplió regularmente, y lo mismo los maestros, actuando de banderilleros, que parearon al último con poco lucimiento.

Respecto á la suerte de matar, lo más culminante fué la cogida de Rafael en el primer toro. Al meterse después de un trasteo inteligente, cogió hueso, saliendo derribado del embroque y haciendo el toro por el bulto. El diestro en tierra, tuvo serenidad suficiente para librar el hachazo y agarrarse á los cuernos de la res, sujetándola la cabeza y dando tiempo á que acudiese la cuadrilla, coleando su hermano al bicho hasta que Lagartijo se puso en pie. Este requirió de nuevo los trastos y prosiguió la faena, dando fin del enemigo con un volapie en las tablas, al que siguió una ovación delirante, por ver al reputado maestro ileso, al parecer, de la terrible cogida.

Las muestras de cariño se acentuaron con este motivo extraordinariamente, siendo la tarde para Lagartijo un no interrumpido triunfo, que le acompañó en la terminación de la fiesta y en el regreso á la fonda.

Reconocido en ésta por los médicos, se le apreció una herida en la tetilla izquierda, interesando la piel y tegido celular adiposo, de cuatro centímetros de extensión por cinco de profundidad, y en dirección de derecha á izquierda y de abajo á arriba, y como es de suponer, por la resistencia de Rafael, leve.

Tal carácter seguía dominando en ella al comunicarnos las últimas referencias y el estado general del enfermo era, por tanto, satisfactorio.

Excusamos decir que la impresión causada por este suceso, ha sido grande y que celebraremos que no tenga consecuencias más desagradables para el antiguo espada y afamado diestro.

ANUNCIOS

ANALES DEL TOREO

Y LIDIA DE RESES BRAVAS

POR

D. JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ

Un tomo gran folio de 400 páginas y esmeradamente impreso, con 30 retratos y suertes taurómacas.

Precio... 52 ptas. en rústica.
> > > 58 > en tela.

APÉNDICE

Á LOS ANALES DEL TOREO

DE D. JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ

POR

D. LEOPOLDO VÁZQUEZ Y RODRÍGUEZ

ILUSTRADO CON LOS RETRATOS DE FRASCUELO, CARA-ANCHA, EL GALLO, MAZZANTINI, EL ESPARTERO Y GUERRITA

UN TOMO EN FOLIO.—PRECIO: 10 PESETAS

De venta en la Administración de LA LIDIA. Des-cuento á los Sres. Corresponsales y suscriptores.

AGENTES EXCLUSIVOS DE LA LIDIA

México.—Gallegos Hermanos, Primera Avenida del 5 de Mayo, núm. 8.

Buenos Aires.—Emilio A. Coll, calle de Chile, núm. 2.166.

Imp. y Lit. de J. Palacios.—Arenal, 27.

Teléfono 133.

